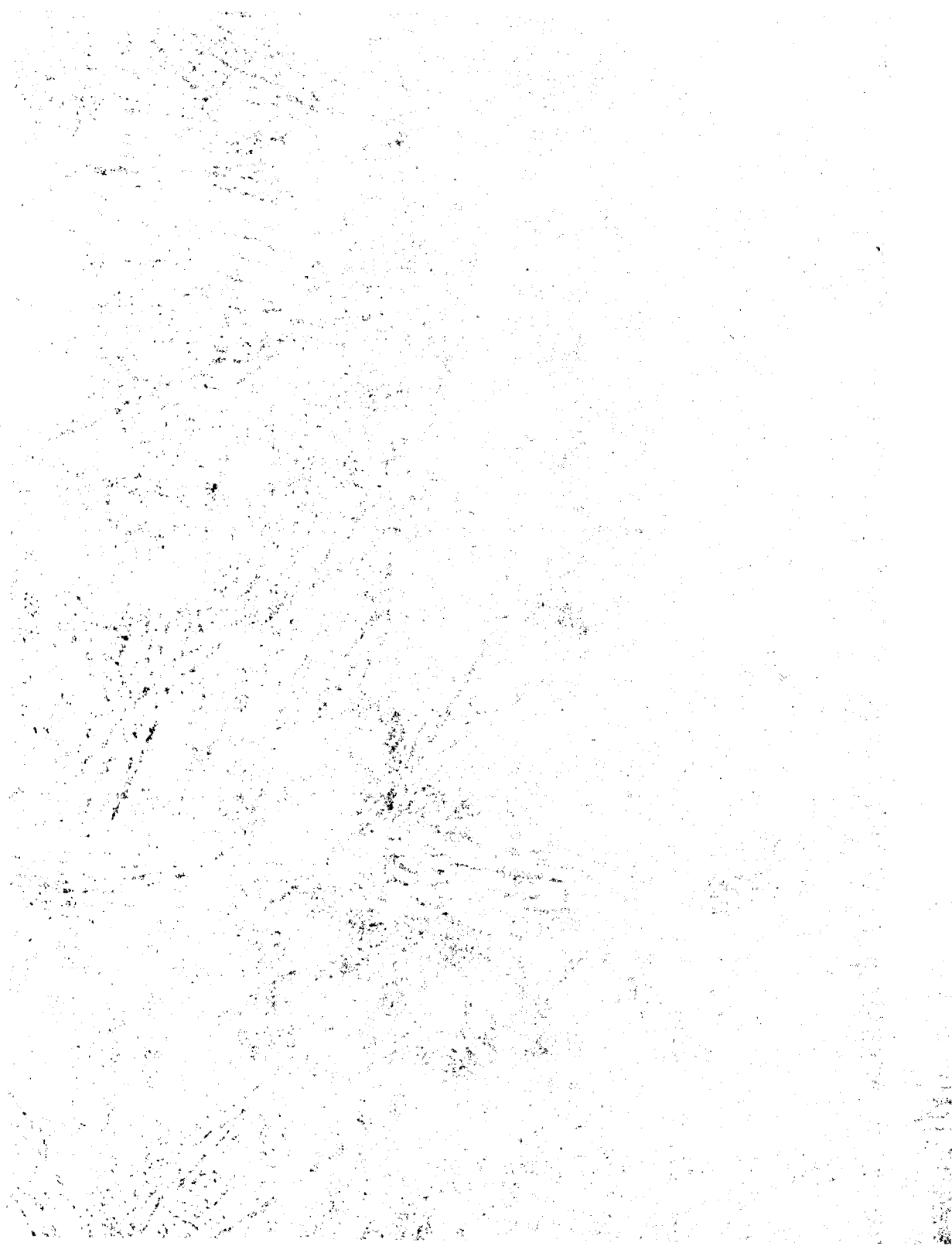




EL
CARDÓ
DE
BRONCE

CUADERNOS LITERARIOS DEL GRUPO "JARAIZ"



EL CARDO DE BRONCE

TRES

OTOÑO 85

EL CARDO DE BRONCE, Cuadernos de Poesía y Pensamiento del Grupo Artístico y Literario "JARAIZ", al cuidado literario de Valentín Arteaga; con la dirección artística de Leopoldo Lozano; y en la redacción y administración M^a del Pilar Morales y Tomás Casero: C/ Veracruz, 24. Tomelloso (Ciudad Real).- Con el patrocinio del Area de Cultura de la Excma. Diputación Provincial de Ciudad Real y el Patronato de la casa Municipal de Cultura de Tomelloso.

Depósito Legal: Ciudad Real-832/85



En
tra
da



...cada grano de uva se sabe de memoria / de cada día de verano el nombre", escribe con diáfana precisión ese delicado y hondo poeta portugués que es Eugenio de Andrade.

Y Omar Jayyam (1040-1123), el persa ateo, iconoclasta, agnóstico y heterodoxo, en uno de sus rubaiyyat más rotundos confesará:

"Si el vino me gana no es para mi placer.
Tampoco para conculcar un precepto.
Es porque así respiro más allá de mi mismo.
Ningún otro motivo me incita a beber".

Y Juan Alcaide, en el librito aquel, "Jarafíz" del que tomé, no nos cansamos de decirlo, agua y bautismo nuestro grupo literario de Tomelloso:

"Está el vino borracho de ausencias y distancias.
¡Oh, los vinos borrachos -malditos- que se escurren!

Los vinos que no alcanzan a la boca;
que son del corazón, y en él se sumen.
Los vinos de las uvas de los muertos.
Los vinos de los lodos y las nubes..."

El "Cardo de Bronce", en este su tercer número, otoño, vendimiadores tiempos, como diría el paisano Eladio Cabañero, en esta Mancha que ahora huele a pámpana desabrochada, a mosto mozo y a campo entero habitado de trajín y canciones de cosecha, quiere ser memoria del nombre de ese terrible sol campesino de estío, vaso de encantamiento para respirarnos más allá de nosotros mismos y ebriedad absoluta de cuantas distancias tiran de los íntimos ramales del corazón en busca siempre de divinos acarrees y vendimias inusitadas.

El lugar en que hacemos estos "Cuadernos Literarios" tiene una insofocable vocación vinatera. Nombrar acá el vino es encaris-tizar el privilegio del tesón y la costumbre. Agradecer la irresistible terquedad de existir así. Comprobar que, por el otoño, compañero, corazón, quienquiera que seas, poeta, mujer, amigo, ah, Sagrario Torres, "me preguntan por ti los jarafices" y, a pesar de los pesares, hay vasos de fiebre que no alcanzan a la boca.

De Tomelloso decía Juan Torres Grueso:

"...bajo sus pies las bodegas
con el alma de otros tiempos
sujetando los empotros
de los éteres eternos...

Calar con fe sus raíces,
calar con fuerza
y encontraréis siempre verde
su rama nueva..."

Sea nuestro cardo de bronce tres una entrañable invitación a sujetar los empotros de la poesía perenne y a encontrar, con el brindis de nuestro vaso de amistad, la siempre ramilla tierna de un gajo de uva que nos resucite de tanto desamor y desasimiento.

Con vosotros, por todos vosotros, cuantos haceis posible el vendimiario cordial del Grupo Artístico y Literario "Jaraíz" nuestro vino nuevo. Ojalá sirva esta terqueza nuestra para poder reunirnos junto a un vasito de sol y de nobleza sin desistir hermosas tareas insofocables.

Y de pronto, como a la Mancha de Tomelloso, que es tierra que quisiera volar, este paisaje es tal un águila inmenso o redondo o una copa con todo el esplendor hasta los bordes de la alucinación, se le madura entre la alas un ventarrón de mitología y de ansias infinitas por emparentar con Zeus, el dios de los dioses antiguos, y se coge de la mano de Ganimedes para dignificar el vino y la ceremonia, bellísima osadia, no quiere nuestro cardo tres silenciar otras iniciativas y ademanes.

País de las viñas, otoño vertical que desbaranda los colores últimos de la ebridad y del crepúsculo, colócanos entre las tinajas del alma, en las cuestas azules del corazón, en las lumbreras del presentimiento, en el perfume corporal del mosto que desnuda su belleza que, sin resucitar aún, arde pedernal y apocalíptica, una extensísima añoranza de ritos y columnas.

Hay que tenerle mucho respeto a la Mancha de Tomelloso por asuntos como éste y otras libaciones, desde el momento y hora en que su vino, éste es acá matriz del vivir y sarmiento de alborozo, se nos sale de madre y, atrevido y atlético, capaz de encelar hasta el copero mismísimo de las divinidades, Ganimedes, hijo de Tros y Calíroeo, hermoso como un desvestido viñedor virginal, convertido por arte y parte de nuestra Asociación Provincial de Vitivultores en beso y vaso para el dios más circular, ah enhorabuena y bienvenida.

Alcese aquí, sobre la lebitación sarmental del laboreo y las seguillas que regresan, adolescentes y prietas, desde las quinte-rías y las trasnochadas líricas, a la plaza de la fiesta y el encuentro, nuestro brindis por tal premio y apremio deslumbrantes.

Racimo es de nobleza tal idea con que galardonar al Ganimedes autóctono que mejor sepa y atine, al estilo de aquel príncipe troyano, poner ante el respiro y el encandilamiento del personal un vaso de música como era ya menester por estas bodegas soterradas, porque, ni que decir debiese necesitarse, a estas anchuras de la Mancha desblusada y perentoria cuánta sinrazón le hace falta para la locura y el despropósito de los relámpagos de la mística y la celebración.

Enciéndase, sí, el vino. Descúbrase su ardiente mitología. Recinámonos entorno a su liturgia, y vuélenos por las colinas del pensamiento sus antorchas y hornacinas con tal, claro está, de que a la Mancha de Tomelloso, por este atrevimiento de los Viticultores del lugar, le revuelen los vinos y la hermosura del exceso gratuito

de la inutilidad graciosa que trasciende, dignifica el beber y el vivir, oh mosto águila, volandero "Cencibel", "Albores" que madruga la sorpresa, cepa de encantamiento que nos raja al corazón y la posmodernidad emborrachada y vibrante.

Tal vez, sin proponérselo mucho, desde nuestro empotro y vasar que apuesta por las tinajas de lo espiritual, esté logrando "Jaraíz" reconciliar al pueblo con su mística y su esperanza, ya mismo al lado del ánfora que desatina el materialismo.

Como Ganimedes anhela nuestro Grupo Artístico y Literario redimir de genuflexiones desmañadas. En las manos de la Asociación Provincial de Viticultores de Tomelloso, que crea este estímulo de Ganimedes, ponemos, homenaje y solidaridad projimal, este número vendimiador de "El Cardo de Bronce" en su tercera y moscatel salida.



Old exemplum Hrolzi
sculpsit Müller.

Oblecto dulci marentia
Nescit hinc latibere.

corda lycas,
dator. ()) Schomnus

SONETO DE PAUSA Y MEDITACION ANTE SEPTIEMBRE

Juan Alcaide Sánchez



Juan Alcaide es el poeta por excelencia de La Mancha de Ciudad Real, al que hay que peregrinar y retornar de él siempre, con este amplio y durísimo paisaje nuestro a cuestras del alma. Juan supo penetrar como pocos en el talante de su tierra, a la que amó desesperadamente. "Con las ventosas de mis talones me he subido esta arisca hermosura de mi tierra. Si me lo permitís, os diré: Sólo puede haber una lírica manchega: ese secreto es mío". Para verificarlo reproducimos su esplendente soneto "De mi vendimia".

DE MI VENDIMIA

(Pausa y meditación ante
septiembre)



legó Dios y cortó. Busquéme arrimo.
Rodé por el lagar. Manché mi frente.
Ya soy llama de un mosto en el relente
de un vaso que me doma con su mimo.

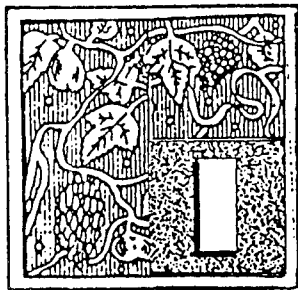
Dos uvas me quedaron del racimo,
dos uvas que se pasan dulcemente.
De mis ojos de ayer, ya solamente
dos recuerdos de agraz que empolvó el limo.

Fermento en fuerte hervor; pero me apago.
La tinaja del aire en donde yago
sé que quiere rajarse y no se raja.

Tú tan sólo, Bondad, puedes salvarme:
quítame cuanto pueda avinagrarme...
!y hazme un cáliz de amor de mi tinaja!

Juan ALCAIDE

EN LA TABERNA



DE "CARMINA BURANA"

In taberna quando sumus,
non curamus quid sit humus,
sed ad ludum properamus,
cui semper insadamus;
quid agatur in taberna,
ubi nummus est pincerna,
hoc est opus ut queratur
sic quid loquar, audiatur.

Quidam ludunt, quidam bibunt,
quidam indiscrete vivunt;
sed in ludo qui morantur,
ex his quidam denudantur,
quidam ibi vestiuntur,
quidam saccis induuntur.
Ibi nullus timet mortem,
sed pro Bacho mittunt sortem:

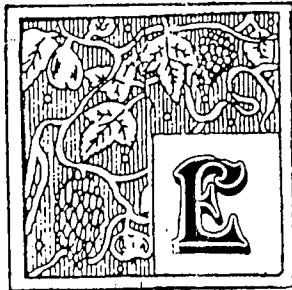
Primo pro nummata vini;
ex hac bibunt libertini,
semel bibunt pro captivis,
post hec bibunt ter pro vivis,
quater pro Christianis cunctis,
quinquies pro fidelibus defunctis,
sexies pro sororibus vanis,
septies pro militibus salvanis.

Octies pro fratibus perversis,
nonies pro monachis dispersis,
decies pro navigantibus,
undecies pro discordantibus,
duodecies pro penitentibus,
tredecies pro iter agentibus.
Tam pro papa quam pro rege
bibunt omnes sine lege.

Eibit hera, bibit herus,
bibet miles, bibit clerus,
bibit ille, bibit illa,
bibit servus cum ancilla,
bibit velox, bibit piger,
bibit albus, bibit niger,
bibit constans, bibit vagus,
bibit rudis, bibit magus.

Bibit pauper et egrotus,
bibit exul et ignotus,
bibit puer, bibit canus,
bibit presul et decanus,
bibit soror, bibit frater,
bibit anus, bibit mater,
bibit ista, bibit ille,
bibunt centum, bibunt mille.

Parum sexcente nummate
durant, cum immoderate
bibunt omnes sine meta,
quamvis bibant mente leta.
Sic nos rodunt omnes gentes,
et sic erimus egentes.
Qui nos rodunt confundantur
et cum iustis non scribantur.



(Versión castellana: Domingo F. Faílde)

En la taberna, deportados del mundo, olvidados del mundo, persistimos tan sólo en el juego. La taberna, ¿sabéis?, donde el dinero es vino contante y sonante, donde todos, arrumbado el pudor beben, juegan a adoptar costumbres impensables, riéndose de la muerte, sin otro dios que Baco. Corre el vino a torrentes, a la salud del libre o del esclavo, del vivo o el muerto, del fiel o del infiel, de las putas, de los soldados, de los perversos, de los vagabundos, de los arrepentidos, del rey y hasta del papa. Todos beben y beben: la tabernera con el tabernero, el criado con la criada, los estudiantes, los guerreros, los curas, los blancos y los negros, los que tienen trabajo y los desocupados, los necios y los sabios. Beben el pobre y el enfermo, beben tanto los niños como los ancianos, toda la parentela, miles; lo sacro y lo profano celebran a destajo con corazón alegre este rito, este vicio que arruinó nuestras vidas. Por él nunca saldremos de pobres, es lo mismo, pero maldito sea el que saca partido de nuestro gozo efímero.

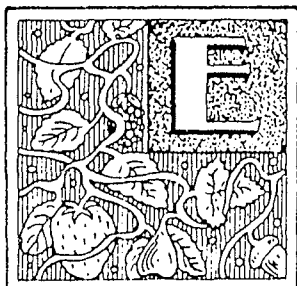


SEIS SONETOS AL VINO EN TOMELLOSO

Eladio Cabañero

y

José López Martínez



scribe Eladio Cabañero: "...durante el otoño vendimador, cuando las calles de Tomelloso huelen a mosto y juventud, el sol baja su mano rigurosa y todo se hace suave belleza remota. A cada puesta se unge, se pinta el paisaje manchego con fantásticos vitrales, visiones como de reinos entrevistados tiñen el cielo hacia el Oeste en esa hora escenográfica en que la

llanura cambia sus fuegos rojos y púrpuras por los pálidos naranjas avioletados, sus colinas cegadoras por altas, serenas cortinas traslúcidas de claridades, como venidas del alma del Otoño".

Escribe José López Martínez: "...Pueblo de arraigada vocación viñera, que le nace hacia finales del siglo XVIII, el viñedo es la base de su economía. ¿Cuántos millones de hectólitros de vino elabora Tomelloso cada año? No lo sé con certeza, pero muchos cientos de miles. Es el primer centro productor de la Mancha y quizá de España. La vendimia aquí constituye un espectáculo inolvidable".

Parecía más que obligado rebuscar entre las cepas líricas de estos dos eminentes escritores de Tomelloso, Eladio Cabañero y José López Martínez, unos racimos de versos duraderos y, cuando queríamos rendir homenaje al vino, ofrecer, también a ellos, trayendo de nuevo aquí algunos de sus sonetos vinateros, nuestro testimonio de amistad y admiración.

LAS TINAJAS

I.- Tinaja vacía



uena y repite el golpe, a cada eco
se queja, mansamente dolorida;
es un gigante sin acometida
que tiene un respirar de vientre hueco.

Anclada por los brazos. Mido, trepo
sus paredes de barro, su medida,
puchero sin hogar, panza cosida,
desnuda en el abrazo de su cepo.

Qué soledad de nervio desunido
estira hasta la punta de la hilera
vaciano y rellenándose el sonido.

La tinaja está sola, cosechera
deshabitada y quieta en el olvido,
soñándose ya vino a cada espera.

II.- Tinaja fermentando



ira el espeso manantial, se inflama
ronco el erupto que lo restituye,
echa la espuma a arder bruta y concluye
en un mar que la bebe y la derrama.

Hierve el sol en su caz a toda llama,
furioso y humeante. Algo fluye
por el sudor del vientre y se destruye
entre los cataclismos de la brama.

Funde el crisol. Un génesis violento
estalla. En las mareas cenitales
suena el yunque del barro poderoso.

El mosto en su volcán. Los manantiales
gestan la sangre a ciegas. El fermento
navega la tinaja tumultuoso.

III.- Tinaja llena de vino



El vino en la tinaja triunfadora
es una sangre conmovidamente,
su corazón de barro es una fuente
que tiene un agua espesa y manadora.

Está llena y parada. Tiene ahora
una acequia profunda y un caliente
toro sin desangrar. Está en la frente
del bebedor mortal que la enamora.

Para purificar el sol del vino
el oro derramó sus manantiales
y en la tinaja encuentra sus destino.

Dejaron de ser piedra los metales.
La tinaja recorre su camino
hecha un mar de redondos litorales.

Eladio CABAÑERO



MUERTE DEL RACIMO DE UVAS



Con nostalgia de cepa y de sarmiento,
grumete de emoción y de aventura,
el racimo cortado, sin altura,
¿medita en su brutal derrumbamiento?

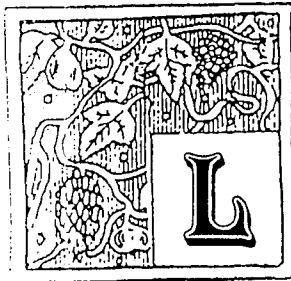
Estremecido está. Llega el momento
de morir por el vino con bravura,
y poco a poco, cambiando de estructura,
se derrumba y camina a paso lento.

No sabe adonde va. Cual su Destino
ignora, aunque se siente marinero
buscando inmensidad. Gran peregrino,

de misiones altivas, te venero
porque tú serás pronto el nuevo vino
forzado, soñador y compañero.

II

EL VINO HACIENDOSE
EN LA BODEGA



Los dos hemos callado. Sólo el vino
se oye hervir mansamente en la tinaja.
La bodega es un templo donde baja
un lejano regusto vespertino.

El vino está contando su destino
al aire y a las cosas. Se relaja
descansando un instante, mientras cuaja
su fuerza de gigante y de adivino.

Ha llegado la noche. La bodega
se queja rumorosa y solitaria
como la mar que oculta sus tesoros.

Junto al vino, el silencio se congrega
con ritos de solemne ejecutoria.
Dulce plaza que duerme con sus toros.

III

SONETO DEL VINO-TORO



or la espita salió valientemente
este vino a morir en su andadura,
tiene roja la sangre, y la bravura
le brota desde el fondo fuertemente.

Es un toro lanzado a la corriente
por las venas del hombre. Su aventura
es un ir y venir por la espesura
de esta crónica angustia intermitente.

Oh, compañero nuestro; oh, vino mío,
lidiado en este circo de la vida
donde aplaude y protesta el graderío,

el corazón humano te convida
a mugir tus canciones en su río
sin temer tu furiosa acometida.

José LOPEZ MARTINEZ



COLABORAN:

Rafael Alfaro.- Valentín Arteaga.- Natividad Cepeda.- José Aureliano de la Gufa.- Nicolás del Hierro.- Carlos de la Rica.- Mercedes Escolano.- Domingo F.Faílde.- Antonio Fernández Molina.- Miguel Galanes.- José González Lara.- Pedro A. González Moreno.- Cayetano Iranzu.- Alfonso López Gradolf.- Julián Márquez.- Manuel Moreno.- Araceli Olmedo.- Susana Quesada.- Juan José Téllez y José M^a Torrijos.-

TRES VINOS JOVENES PARA EMPEZAR



u dorada pureza iluminó
la noche, que llegaba como un ciervo
herido de hermosura.
Y comenzaron a fluir
palabras como brotes
de amistad a su luz incandescente.
Llegamos a tocar, aunque invisible,
el secreto de la felicidad.

Sueño nos parecía aquel instante,
recordado en la antifona: La boca
se llenaba de risas;
la lengua, de cantares.



Entonces elevamos como un rito
un silencio sonoro
que convocaba todas las palabras.
Vertiéndolo en la sangre, convertíamos
en vida propia toda la juventud del mundo.

Comprendimos que siempre hay una música
que llega con su múltiple oleaje
a la playa de cada corazón;
que hay un barco que llega,
siempre llega de lejos
trayendo tantos sueños atrasados,
tanto desconocido aroma
o amor para vivir aún después
de todo lo vivido:
tanta belleza aún sin descorchar.
Oh, cómo florecieron esas tres
gracias, esas tres dádivas de oro,
esas tres amatistas, tres oboes,
tres dones en el don de un solo día.

Y empezamos a hablar como olvidándonos
de todo. Como si debiéramos
aprenderlo otra vez todo: !Empezamos a vivir!

Rafael ALFARO

VARIACIONES EN VENDIMIA DE UN POEMA DE
"...Y AUN NO HABIA RAICES"



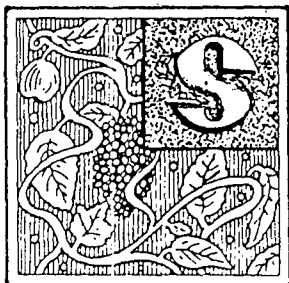
e volcó el rojo vaso de la tarde.
Venía una vendimia de palomas
en tus manos ardientes. Quién estaba
fermentando la luz por los caminos
de la ternura última. Tus ojos
añicaron la lluvia del poniente
sarmental y sagrado, la fragancia
de tus cabellos rubios y salvajes...,
sí aún no había raíces, no había historia
para brindar al beso tu inclemencia.

Miraba el vino en tí sus torrenteras,
ribazos de esplendor, campos recientes
de anhelo primitivo y victorioso,
taladros de la música embriagando
la soledad conjunta. Se hizo trozos
el vidrio, el sol..., y el carro del poema
se varó como el mar en el paisaje
de uva de tus párpados de cuarzo
frío cuando la tarde en la taberna
tenía perfil de barca inevitable.

No beberemos nunca la ceniza.
Ni pondremos los labios en la nada
que nos sube de grados el alcohol
del privilegio azul de la conciencia
a solespones, tú vendimiadora
astral tal los relámpos, muchacha
que me has roto el otoño tan de súbito
en este libro o mosto dislocado
que en tu mandíl te puse como cántaras
ebrias tal las canciones de septiembre.
No sabrá ya el poeta más palabras.

Valentín ARTEAGA

POR ENTRE EL OTOÑO DEL VINO Y LA TERNURA



obre las piedras de todas partes se escancia el llanto topacio que acarician las gargantas, mientras en el exterior hay escarpadas despedidas. Nosotros, ya sabes, somos viejos camaradas que mordemos el nido del color de las hojas que desguazan el corazón, pero no la esperanza de escuchar acordeones callejeros, al vacilante paso del viejo músico, que al igual que tú y yo escribe gavillas de palabras en los ventanucos de las estrellas.

Si vienes hasta mí por la tarde, invitaré a los nidos vacíos que se columpian de los árboles, al perro flaco que duerme en los quicios de cualquier puerta, a la última hormiga y al grillo que se quedó en el mástil de una banderola de papel, a brindar por tus vestidos, por tu voz profunda... y, por tus distancias tras los vidrios, en este tiempo húmedo que llega derribando los follajes que no ha mucho sirvieron de cúpula nupcial de mariposas frágiles, de ocultas voces rotas bebiéndose los besos de teñidas de verde, con un decorado de uvas agridulces, con un suspiro prieto que se, ahogaba en la saliva espesa, sin lamento neutral y cómplice.

Si quieres, delante del tambor de unas copas de vino, recordaré tu mentón altivo de aquel día, mirando en el poniente, las hileras de visú, esmeralda de luz y el temblor de tus párpados como el fruto que descuelga su carne de uva hacia la tierra tatuando la sombra. Hasta el atardecer tenía sabor a pámpanas.

Arraigaban soles crucificados, relámpago de agujas en medio de los surcos, fidelidad que a veces llora en los inviernos con ribetes de frío en la besana.

Si retener el tiempo fuera posible, mojaría otra vez mis labios en el hervir del vino nuevo que, en la oscura panza de la tinaja de la bodega, sabe todas estas cosas. Pero hay que escalar las piedras de los años, como el vino recorre su nacer en la tierra y su morir en mi boca, como clama en septiembre el ruido de la prensa que separa la sangre de su piel y se inunda arrastrando consigo mis miedos, y tus ojos que desnudaron mi congoja apenas nuestras manos se quedaron unidas. Pero todo esto, es algo que el tiempo sacude y sólo deja su huella en las copas vacías, en la noche con olor a toneles, en el humo esparcido, en ese látigo caliente que aviva tu recuerdo cuando bebo con otros, en los odres vertidos que recuerdan tu esperma en mi cadera.

Espero cada día con el mantel y las viandas a que surjas de nuevo, hombre de vino y verso. Me seduces y aguardo con los vasos hasta el borde del ensueño. Me llego en esa espera a las plazas viendo jugar a enamorarse a los más jóvenes, igual que un primer vino que es loco y se derrama, rebautizando como una espada los lagares.

Pasear, esperar al volver de una esquina a encontrarnos, y andar, andar... En ocasiones singulares tu sabes que sobran las palabras.

Viejo amigo, añorado amor platónico y hasta a veces carnal, si mañana partiera sin verte, camarada de brindis, no sería del todo, los dos sabemos que volvería tímida y quebradiza en marzo con los primeros brotes, para julio que abrasa lecho de sombras igual que parras, y de esplendor de rosas y uvas de octubre. Las noches de diciembre y enero en las que el viento golpea las paredes filtrando fantasmas.

Por favor, no aventes los recuerdos en esas horas amigo de fiestas destinado al exilio de envejecer, encierra entre tus manos un añejo y sosegado vino. Nosotros, tú lo sabes, cuantas horas los tres reconstruimos.

Sobre las piedras de todos los lugares, alguna vez sonó una música y se hizo brindis inocente y consulso.

Sembrador de aventuras, espero alzar las copas por un encuentro más allá de cualquier dimensión, más sagrado cuando se sella con el néctar de Dios.

NATIVIDAD CEPEDA.



CANCION EBRIA



Este el tiempo cabal
son los viñedos niños-verdes-gualdos
guardo para tí un vino tan antiguo
que no sé su memoria recalada
de burdéganos negros y salvajes

el mosto es un esperma que emborracha
la luz de tus dos ojos

se me enturbian
y es el tiempo cabal cabalgo a lomos
de tu voz niña-viña que me quieres
llevar tan de la mano a no sé dónde
al campo de criptana que me esperan
vendimiadores fuertes como dioses
y dulcineas prontas más hermosas
que has visto tú jamás o que imagines
un vaso hasta los bordes de licor

José AURELIANO DE LA GUIA



INTERROGANTE



Si os digo que la luz está delante
de mí, que estoy rozándole sus rayos
con mis dedos, posando, dulcemente,
su redondez-amor sobre mis labios,
y que tiene esta luz un color de oro
que desciende impecable por los brazos
de la lámpara-copa de mi mesa;
si os digo que esta luz hace más blanco
el papel, que me bailan las ideas
con el solo fluir de su contacto,
y que me acerco a Dios con más dulzura
o que me llevo al hombre más humano...
si os hablara de amor y de esperanza
¿me podríais decir de qué luz hablo?

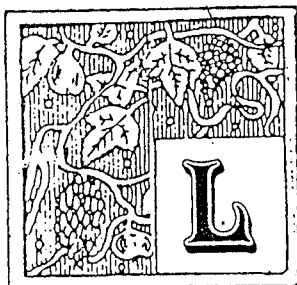


¿Podrías responderme si os dijera
que posee embajada en mil estados,
con un sol por escudo, y que prodiga
optimismo y sonrisa a cada paso;
que es padre de homenajes y de brindis;
que preside las fiestas y los actos
de amistad y saber; que, en ocasiones,
a fuerza de brillar, pone nublados
los ojos, pero, entonces, el cerebro
refuerza de ilusión todo su campo;
que su lugar de origen tiene un nombre
compuesto por diez letras, por diez pámpanos
verdes de lluvia y sol, por diez corceles,
los cinco continentes galopando,
que van diciendo España en un idioma
-símbolo de amistad- hecho con rayos
de luz, de esta indeleble luz que bebo
en mi lámpara-copa a lentos tragos...
...Si callara, si no os dijera el nombre,
si supierais, tan sólo, que, este algo,
es el liquido-luz de una comarca
que reparte el dios-vino en cada vaso;
si os hablara tan sólo de homenajes,
de sólo sus diez letras, los diez pámpanos
que van diciendo España en oro y sol
¿me diríais del vino de que os hablo?

Nicolás DEL HIERRO

DOS POEMAS JUNTO A UN VASO DE VINO

I



(Cuentase en viejo estilo castellano
cómo en Mota del Cuervo un posadero
da vaso de Buén vino a don Quijote)

legó a Mota el Hidalgo,
viajero y peregrino guía.
Trigo el rostro rubio tenía;
la voz al arco aquel de la posada
que brisa a Mota en rama de árbol
fía

De paso, cuentan, el Hidalgo
suplica un vaso así venido;
el trago sumió tal apercibido
polvo cayéndole al lado.

A mesa y taburete colmaba
el mesonero bulto y tiento con el tinto
que bien atraviesa el vidrio.
Su límite solicita al labio:
dáselo el posadero de grado
al peregrino.

Con paz quedóse el hombre en viaje
por el mundo. Tornó él su yelmo
al sendero.

Trovaba Mota de buen ver
y daban su razón las aspas cien
de sus tantos gigantes molineros.

EL VINO



Cuando el vino en el vaso,
 desde su orilla me besa;
 dando me alejo tumbos
 hacia el almendro y su abeja.
 Entra en mis labios el vino,
 mis dientes bien en su boca.
 Beso al vino y me ama,
 llego a su espalda y me besa.
 Entre mis dedos el vino
 es espuma, astro y es arena
 donde el sol toco y me toca.
 Arde la luna en el vaso,
 el vino vive en mis venas.
 Llega su pez y me duermo,
 abre su casa y sus puertas.
 Mi terciopelo acaricia,
 toca su vientre mi dedo,
 laten mis pulsos con fuerza.
 El alumbra mi garganta;
 abro temblando su pecho,
 con su brisa me penetra.
 Bajaba su mano el vino
 y con el pie me sujeta.

Carlos DE LA RICA

"Mientras en su tierna juventud deja brotar sus primeras hojas hay que cuidar de su fragilidad; y mientras, simple vástago aún, se inclina con toda alegría hacia las brisas, encaminándose sin frenos en el aire puro, no hay que hierla aún con el corte de la podadera, sino arrancar sus hojas con la punta de los dedos, aquí y allí, con atención. Más tarde, cuando sus sarmientos vigorosos, abundantes, abracen los olmos, entonces corta sus cabellos, entonces corta sus brazos. Antes sienten miedo del hierro. Pero ha llegado el momento en que tienes que reinar como dueño tiránico y reprimir la lujuria de su ramaje".

VIRGILIO, GEORGICAS, II, v.361-369



a Valentín Arteaga

e ha desprendido la memoria, de la vid el cuerpo que propone
con su fruto el goce de la tierra prometida.
Tanto lecho calizo, tanta piel y escasa la caricia que recibe,
vibrante la carne en las cepas, tenso el colodro del vientre esperando
la mano homicida y religiosa que aplacar intente a sus dioses
o su apetito. Arrancado de cuajo el cordón umbilical,
en suspenso a los dientes la uva acerca
su estela genealógica y la suavidad umbrosa del pámpano,
un semen gozado y solitario.
No perdamos el ritual septiembre de nuestros progenitores,
acechemos la uva, su batalla solar, su duro parto.
Podad la cabellera, los pezones, y no miméis la pulpa,
pues la ubre que hubo de madurar todo el verano
apenas en la boca es un instante.

Mercedes ESCOLANO

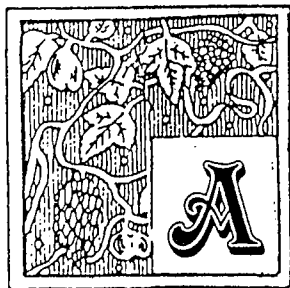
L I B I A M O

"Que en el vino contemples la alta hora
en que se funden sueño y desencanto"

(José M^a Alvarez)

"Otra copa, bien llena
y que el sol me acompañe"

(Felix de Azúa)



Alguna vez te dije lo habitual, palabras
al filo de una lenta madrugada de sauces
y esa vehemencia escéptica
de quien regresa al sur.

Rompo las ánforas,
dejo que un río de fuego, sigiloso, me vierta
la efímera caricia de Septiembre en las venas
y brindo por tu adios.

Fue adorable la noche
antes de que partieras por sombras innombrables,
dejando sólo el hueco de tus veintidos años
perfectos y el aroma de tu cuerpo incorrupto.
Por nuestra despedida.

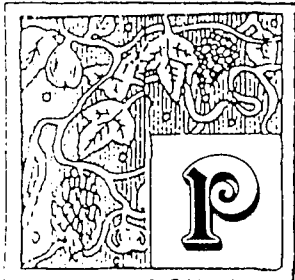
Hay que incubar nostalgia para un siglo -¿lo entiendes?-,
ahogar esta ciudad con el olvido -que no es sino la forma
de recuerdo más lúcida-, anegarse los labios
con el sabor ambiguo de una copa
y huir.

Domingo F. FAILDE

DLA



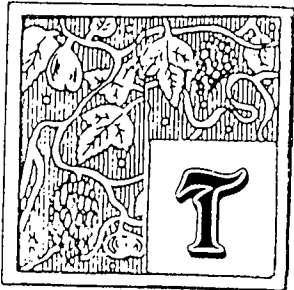
PORTADORA DE FRASCA DE BUEN VINO...



Portadora de frasca de buen vino,
una moza valiente e inspirada
marca al marchar serena y animada
de optimismo su paso peregrino
mientras piensa: "Yo soy quien tal convino.
Y, por llevar el líquido empeñada,
se arriesgara ahora y también cada
instante de mi vida, a su destino.
Frutal tesoro de la uva, hermoso,
que fermentan los duendes del ensueño
y abren a la esperanza dobles filas.
Más que humano manjar. !Oh! primoroso
almíbar que al dolor hace pequeño".
Y al caminar se encienden sus pupilas.

Antonio FERNANDEZ MOLINA

ESPEJO LIQUIDO



También yo creo que el vino es para los hombres un espejo. Y si además probara, con destreza, un alejamiento perpetuo de la muerte, gozaría, inmerso siempre, entre el dulce y el amargo, hasta convertirme todo en copa profunda bajo los rojos mares.

Beber largamente del líquido en un relámpago sin fondo, héroe fugaz entre caballeros y sombras. Encontrarte, ya sin nombre, sin idioma entre efigies y sierpes. Invadir lo alto y las cortinas, todas, de un crepúsculo.

Pero al igual que no es lo más puro del ave el vuelo, no lo será en lo prohibido el poseerlo en un instante. Ni todo lo es más que la embriaguez en la noche cuando te entregas al canto de peces sonámbulos o de sirenas calcinadas en sus naves. Tan de cerca.

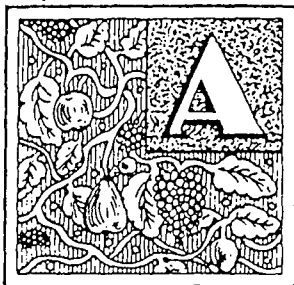
Miguel GALANES



*Equat diem nocti pendula libra diem. * Pomifer Autumnus turgentibus vitibus viti.*

*Et laetis mensis bellaria bella
*
In pleno cornu copia lura fuit*

EL VINO EN RAMA



los agricultores de mi pueblo les gusta el vino en rama. Dicen, que así no se exponen al fraude. Van a la bodega, suben al empotrado, se acercan a la boca de la tinaja y con el vaso hacen unos círculos, una liturgia primitica sobre el líquido para quitarse la nata y, a meter y sacar el vaso probando, paladeando y bebiendo el vino en rama.

- Este vino, señor Arcipreste, en mi pueblo que es el suyo, se bebe como agua; es el que le dan a las parturientas y a los ajados para que paran deprisa y tenga buena leche el ama y para que se le vaya la tontuna o eche los diablos del cuerpo el hijo de Juan el "picaor".

- El vino en rama es el vino original, sin pecado mortal, recién salido del Paraiso, néctar para calmar la sed de los dioses. Es un vino que ha decantado por su peso sin que nadie le precipite al fondo. Pero este vino tiene que sufrir los efectos de muchas "palabrejas" que le dan en la cara y le dejan sin sentido. Es la civilización que le obliga a vestirse o desnudarse, a ponerse o quitarse el antifaz para que no se le reconozca su origen. El aparato de la Administración ya le está exigiendo su desarme y su control; no le permite que tenga más grado en la compañía; en la reunión internacional de los expertos se ha calculado que tal es el grado porque tal es el hombre; el vino consagra las formas del hombre nuevo, se le aconseja y se le advierte que, pasando del tal número del Farenhy, ya es peligroso, produce un alocamiento de la razón que maldice tu estampa.

Por eso al vino en rama no se le etiqueta ni se le pone nombre, ni se registra en los libros de bautizos; a lo mejor se le llama: pancho, careto, tórtolo, marrajo, soplón, mareador, vino de san Celedonio, burrero y casto. Si hay que tomar las leyes en serio y si las denominaciones de origen son cosa de éxito y necesarias habrá que darles nombres más civilizados: de mitos, de monstruos, de ríos, montañas y soles, de santos y de caballeros con la historia de por medio. Y ¿qué pasa entonces? pues que el de rama se desrama, el paradisiaco se envilece, el que muestra limpias sus entrañas se adultera con químicas, se le abrillanta la cara, se le da sabor frutal, como el que le añade especias de Leilán y se le dora el cuerpo para que sea más rubio y menos pálido, que dicen los lugareños pícaros que "el vino crudo no tiene futuro".

- Le digo, señor Arcipreste, que el vino debe ser tal cual. Salido de la uva a la tinaja y de la tinaja a la mortaja, como puede explicarse en refrán.

Y ¡claro! esto cuenta así porque el viñador o el vinatero van a contra corriente, no se les deja que su vino se presente en sociedad a lo basto, con traje lugareño, con el sabor, el olor y el color que han cantado las ranas que se han bañado en las charcas de la Alameda de Cervera, ni con el rostro pálido producto de alguna

debilidad orgánica. Se le ha exigido para este alto menester el filtro, el tamiz y el laboratorio.

Y lo que también es menester que al vino se libere de trabas administrativas, porque hasta ahora ha padecido siempre cárcel, nunca ha podido hacer de su capa un sayo, ha estado sometido a disciplinas alcoholeras, a sometimientos extraracionales.

El dios Baco ha dado por bueno eso de la denominación de origen, no obstante, ha creído conveniente formar una cofradía de bebedores que se dediquen a catalogar los vinos que tienen buenas hechuras. Ya se que en La Mancha no duran demasiado estas asociaciones; "las juntas pican" -dicen- pero los bebedores que están sobre aviso abrirán un cielo especial para que vayan a el los vinos que hayan merecido su confianza.

JOSE GONZALEZ LARA





St. John de D'Alpach.

L. Boilly

La Fillette' Marseille

VINO PARA UNA FUGA A LA ESPERANZA

(Poema adolescente)



Quiero cerrar los ojos esta tarde
y abrir los labios a esa lluvia mágica
que nace en el temblor de tus racimos
como una catarata de nostalgias.

Quiero verter tu inmóvil transparencia,
tu líquido silencio de tinaja,
tu bautismo de mares abrasados,
sobre el barro trigal de mi palabra.

Ven a brindar conmigo a algún lugar
donde no esté prohibida la esperanza:
tú por tus verdes pámpanos de lirio,
yo por mis viejas tardes de La Mancha.

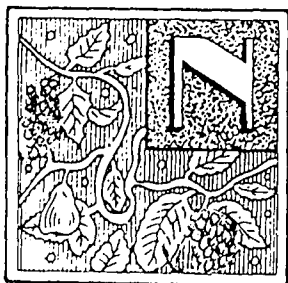
Con tus olas de mosto por mis ojos
eucarísticamente derramadas
bogaré hacia una ayer inencontrable,
hacia un ayer de espigas y de pámpanas.

Regresaremos, vino y carne juntos,
a aquella sed primera de la infancia,
a aquel hervor de pájaros antiguos
que nos ardía siempre en la mirada.

Ven a soñar conmigo a algún lugar
donde aún sea virgen la mañana:
tú con tus verdes pámpanos de lirio,
yo con mis viejas tardes de esperanza.

PEDRO A. GONZALEZ MORENO

UNAS PALABRAS MAS SOBRE EL VINO



o ocurre siempre. Sólo algunas tardes.
A los hombres que bebemos vino
nos interesa conocer los nombres
de esos entrañables amigos de los mostradores
con repetidos, enriquecedores, venturosos tragos de vino
los compañeros bebedores. Nos importa el territorio
mínimo de nuestro vaso, para dejarle
interminable cuestionario, lo que nos da o ha marcado
la pasada historia, ese otro país que es lo anterior,
matizado recordar, los vahos agrupados que están dentro.
(De dónde vienes, qué te ha dado
el lugar donde naciste, lo que te ha quitado.
Había mar, sabor de sol, ahora piso arena
a través del pasillo largo de la memoria).
Zumo fermentado de la vid, siempre estuvo
compañero del hombre, el bebedor desvencijado
que con el vino recibe olor de infancia,
sobre la mesa abierto, unos poemas rodean la solemnidad
de lo que es seguridad cordial, un anclaje sin fuerza,
que venga ensoñación bien proporcionada,
el cuidado, los nombres, que los ojos cerrados
llevan al imprevisto desván donde la memoria,
algunas veces, puede apuntalarse.
Cerrar los ojos, cuando la tarde
es propicia, y pedir otro vaso de vino.



clara idea de verdad, igual que se recibe un mediodía,
el regreso de la niñez, lo que no es artificio.

Compañero de nuestro corazón, atardecer que nos mejora,
aumenta patrimonio, da colores, sentido, los contornos,
un lenguaje, volúmenes, la constancia útil,
el descifrado vuelo de los pájaros, perfectos blancos
en los guijarros repulidos por el mar, columna
del camino que lleva a la escollera. Bebo otro vaso
de vino, y están los túneles vacíos, días de niñez,
sucesión de colores, derrumbamiento de los grises,
una mirada, como espejo, del que está conmigo.
Beber o compartir consejos y preocupaciones,
la aparición de la ternura, cuando la copa
trae los ausentes, ¿recuerdas tú, recuerdas?
los perfumes, sabores, cuerpos, el instante.
El vino, esa penumbra, curva alta, labio rosa
insistente, inquietud misteriosa de lo que vive,
emoción, entusiasmo, inclinaciones. Otro vino,
y otro, tomar la vida como tomo este vaso,
el calor del estío, palabras limpias que nos prometieron
una mañana, ajorcas, rapidísimas,
tintineantes ante nuestros ojos, la bajamar de los recuerdos.
Bebo sin prisa este vino tinto los oscuros sorbos
de luz, este consuelo grande, momentos
en los que, del borde de una copa, la sustancia
de las uvas cae en mi corazón, porque la alegría
de la ebriedad hace evocar ardientemente
amantes, tiempo en el tiempo, en el mes de Mayo
los campos de naranjos, escucho ardiendo aquélla brisa.

Alfonso LOPEZ GRADOLI

EL VINO CONSAGRADO

(A Valentín Arteaga, consagrador
diario de vinos y de versos.)



Antes de ser exégesis de luz, signo de gracia,
el vino era tan sólo un patio amurallado
donde nuestro optimismo jugaba al escondite
con las delgadas hijas de la melancolía,
un breve pozo donde saciaba la amargura
su sed interminable. Antes de ser el vino
sangre de Cristo era efímero entusiasmo,
un hilo de esperanza para zurcir el traje
gastado del estímulo, un diminuto cirio
ardiendo en el oscuro rincón de la memoria.
Antes de ser milagro, el vino era un barrunto
de Dios, un surco abierto por la primera lágrima
del hombre que buscaba luceros en el barro.
No tenía más fuero que su terrestre origen
de varón exquisito coronado de pámpanas.
El vino era una lluvia de imperturbables soles,
la sonrisa del campo desnuda entre las cepas,
ni más ni menos que una elemental caricia
sobre la piel reseca de cada pesadumbre.
El vino era un tranvía de color azul pálido
para viajeros tristes o sueños no cumplidos;
tal vez el dulce canto de un pájaro en el bosque.
Tenía el vino un cierto sabor a cuento de hadas,
un singular perfume a sándalo y a rosa.
Probarlo era de alguna manera abrir las puertas
del corazón y darle entrada a los alegres
ruiseñores del sueño, desempolvar el júbilo.



Beber vino era un modo de andar por este mundo
acolgajado al brazo nocturno del olvido.
El vino era eso sólo: un poco de alegría,
una sonrisa tenue, un crisantemo mustio
sobre la superficie lunar de la tristeza.
No era ni más ni menos. Estaba destinado
a darle vuelo al cóndor de la desesperanza,
a hacernos la existencia un poco más alegre.
Después... Después el vino fue diluvial ternura,
amor y sacrificio sobre el altar del gozo,
catarata de gracia, fecunda primavera,
revelación de un sueño hermético hasta entonces:
la fe no tuvo nunca oráculos fiables.
Sólo Dios puede darnos respuestas fidedignas.
Dentro del cáliz vuelan litúrgicas palomas
de infatigables alas y cálidos zureos.
A gloria sabe el vino despues de consagrado,
tiene un aroma cósmico que el alma reconoce.
Ya no es el vino un breve relámpago de júbilo,
sino una luz perenne izada entre las sombras.
Le ha dado Dios el triunfo al oro de los campos,
le ha procurado un nuevo lagar a sus versículos.
El vino ya no es vino: dejó de serlo el día
que Cristo fue vendimia de amor para los hombres.

Julián MARQUEZ RODRIGUEZ

TIERRA OLVIDADA

DEDICATORIA

A Leopoldo Lozano
que me demostró con su entrega
que aún quedan personas
a las que admirar.

"Como llenarte, soledad,
sino contigo misma"

(Luis Cernuda)



Ún recuerdo los días juveniles,
el vino solar, la espada del viento,
los bosques de la brisa,
mi corazón reventaba de luz, de gozo, de espuma,
de barro encendido y vivificador.

Más hoy no busquéis en mí al árbol,
al ruiseñor, a la rosa,
no encontraréis más otoños en mi sangre,
sólo silencio y soledad eternos.

Siempre amé a los hombres callada,
pero mi música, rumorosa, no la oyeron,
preferí que mi corazón ardiera
en las piedras de la sombra,
y mi esperanza con lágrimas muriese.

Dónde mis hijos y sus besos,
dónde las estrellas, las aves, los ríos
que de mis ojos bebieron dicha,
dónde sus manos, ramas de luz y carne,
derramadas sobre mis horizontes,
dónde los jardines del crepúsculo,
dónde el campesino enamorado,
dónde el muchacho que cantaba a lo imposible.

Por eso ahora, materia de olvido, os digo adiós,
adiós a quienes dio miedo la entrega,
adiós a aquellos que no fueron capaces
de amar en el silencio,
adiós a los que con terror contemplaron
el mar y su infinito abrazo.

Manuel MORENO



AQUELLOS OTROS TIEMPOS DE VENDIMIA



e ha detenido el camión del tiempo a la puerta de la casa. La nostalgia y yo hemos reunido nuestros bártulos y nos hemos ido con la música a otra parte. Hoy me acuerdo más que otros días de los otoños-vendimiadores. Los he visto en muchas ocasiones. Solían venir cargados de preocupaciones y de trabajo. Desean volver, despertarse hasta mañana, acabar este día tan largo. Pero ¿quién va a llevarlos de regreso? ¿y adónde? Los otoños no acaban de morir, llegan para llenarnos de madurez, para despabilarnos el reposo. En aquellos septiembres remotos yo estaba danzando por las bodegas y soñaba con un descanso para mi esqueleto aún niño. Durante algún tiempo después quise olvidarme de todas esas cosas. Pero no se puede escupir fácilmente la tradición, la esencia de un pueblo. Por eso hoy vuelve el mosto a fermentarme en las venas. Siento la vendimia, tan próxima, como el gemido familiar de las ruedas del carro por los caminos campesinos cuando oscurecen. Hoy recuerdo, con la pesada claridad del tiempo, aquellas madrugadas preciosas de otoño chorreándome sobre el alma, la nueva cosecha llenando la barja de ilusiones que suponía alcanzar viejos sueños frustrados por el pedrisco o las heladas. Cuántas ilusiones abrazaba el cielo. Añoro esos años que, irremediablemente, pasaron para siempre sin que, ni la vendimia ni nosotros notáramos que se nos pasaban.

Se acababa el verano, ya había terminado la Feria. Los días eran más cortos; se empezaba la luz. El dolor se adormecía. Nos inundaba el cielo gris y el aire se plisaba de vencejos. En aquellas mañanas de otoño, lejanísimas, en el fondo del hielo del recuerdo adolescente, yo tenía quince años. Ahora lo recuerdo como cuando recordamos un sueño, con precisión y al mismo tiempo sabiendo que ya no podemos volver a él, porque sólo existe como recuerdo. Con las manos en los bolsillos y el sueño aún pesándole a los ojos, hacía el recorrido de Santa Rita a José Antonio. Ya eran casi las siete. Por la Glorieta apenas alguna mujer barriendo la calle. Los saludos se espesaban al cruzar la plaza que no estaba vacía: había corrillos de gente charlando en la media claridad, y algún carro madrugador con el rocío sobre las uvas. Por las lumbreras subía el calorcillo del mosto en fermento -respirar de las tinajas preñadas con la flor del vino: sagrado alimento de dioses- Un calorcillo que aliviaba el frescor de esas horas tempranas. Olía a buñuelos, tan requetebién como olía. Las calles se trajinaban como figuras rápidas en traje de faena. Los pisadores aguardaban recostados sobre las portadas aún cerradas de las bodegas y junto a ellos, el hatillo del almuerzo sujeto con dos nudos al manillar de la bicicleta.

Ya estaba en el jaraíz esperando, la casca reseca, amarillenta de noche, para soltarse de la prensa y abrazarse en el pocillo de orujo. En la cueva, oscura y húmeda, la bóveda de tierra enmohecida asila los cálices de barro donde se consagra el vino en un ritual sapientísimo de la naturaleza. Ya hierve, ya se decanta, ya se muda de vestidos la sangre de las uvas. Pero no se puede hablar del vino sin limpiarse las lágrimas a las cepas, sin rociarnos de pámpanos el corazón, sin mirar al fondo de los ojos al milagrero que hace posible el divino obsequio de la vid.

Por la tarde que ya declinaba, sentados en una sillas viejas junto al jaraíz, nos parecía que veíamos sólo, juguetonas y voraces, unas nubes muy tenues sobre la línea de los tejados. El silencio iba haciéndose cada vez más vasto. Había algo que callaba, algo que no era sólo el mutismo del ajeteo de los hombres y los animales y de las máquinas, algo que no era sólo el silencio del atardecer. Pero de pronto se oía -lejos, en el fondo de la calle- el ruido de las herraduras sobre el pavimento de guijarros. Era el remolque con el carguío del día. Las mulas, cansinas, hacían su último esfuerzo por subir la pequeña pendiente del callejón que daba al corral, y el gañán las animaba con voz cariñosa. Encendíamos las luces del descargadero. Preparábamos los calzos y se le daban unos golpes a la prensa. Las uvas las pesábamos en una báscula que, en otros tiempos, estuvo en la fábrica de aguardientes de mi abuelo José Vicente ("el cojita", como le llamaban las buenas gentes de Tomelloso). Se apagaba el zumbido estrepitoso de la destrozadora y el mosto corría veloz por la manga de goma hacia la tinaja, deseaba guardarse pronto, y pronto hacerse vino y milagro. Se recogía la casca aún sangrante sobre un rincón del jaraíz y los pisadores se lavaban en el pilón de cemento, que había junto a la piquera. La noche se hacía cada vez más noche, más íntima, más quieta y escondida, como el murmullo de un rezo en voz baja, dulcísimo, mientras el dorado recior del vino parecía prometer nos la paz de un sueño, que sólo es un recuerdo que no hiere más.

Creo que en mi vida, tan azacaneada por diversas razones, habrá pocas ocasiones que me produzcan una emoción más fuerte.

ARACELI OLMEDO



F I L T R O d e A M O R

"Si alguien sabe de un filtro que excuse mi locura
y me entregue al furor que la pasión exige,
se lo ruego, antes de que me ahogue
en mi propia fragancia, por favor,
por favor se lo ruego:

que lo beba conmigo."

(Ana Rossetti)

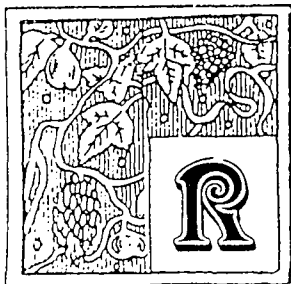


un río por mis venas se derrame y penetre
con suavidad de dulce balanceo en mi carne
y queme mis entrañas como un beso espesísimo
o una flor que cortara los labios con su filo.
Ah, el vino, encabritado, ese huésped perverso
de la lujuria, el vicio cómplice y escarlata
que en la noche acomete como un enjambre alado
de rosas obstinadas, fuego que me atraviesa
y luego se evapora
en el perfume de la madrugada.

Susana QUESABA

VASOS PARA OMAR

(Para Francisco Hernández)



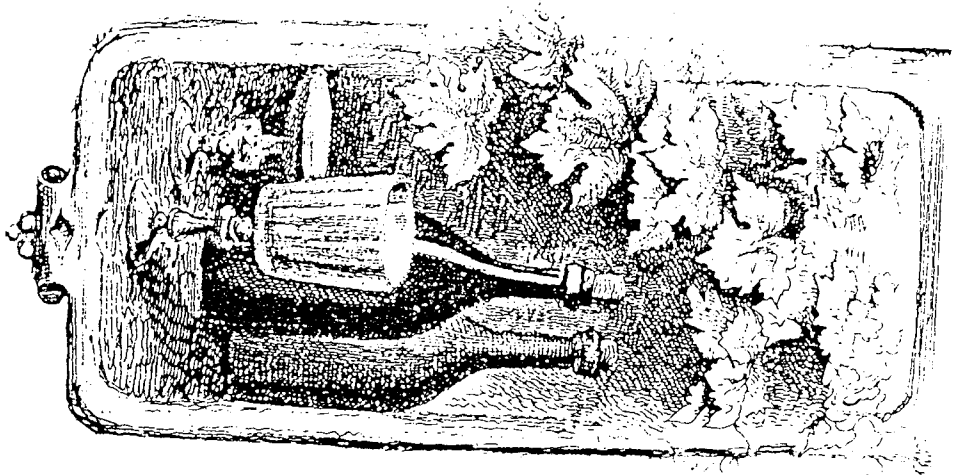
Recobra el ánimo, no obstante exista prisa
en los talones del hombre de quepis,
porque tú has visto las dos circunferencias
y te fueron legados augurios y mapas.

Cuando sea vano el nombre de ciudad
y la búsqueda de amantes fuese inútil,
tú tendrás la estola y las carmelas
y el buche de los pájaros de Arauca.

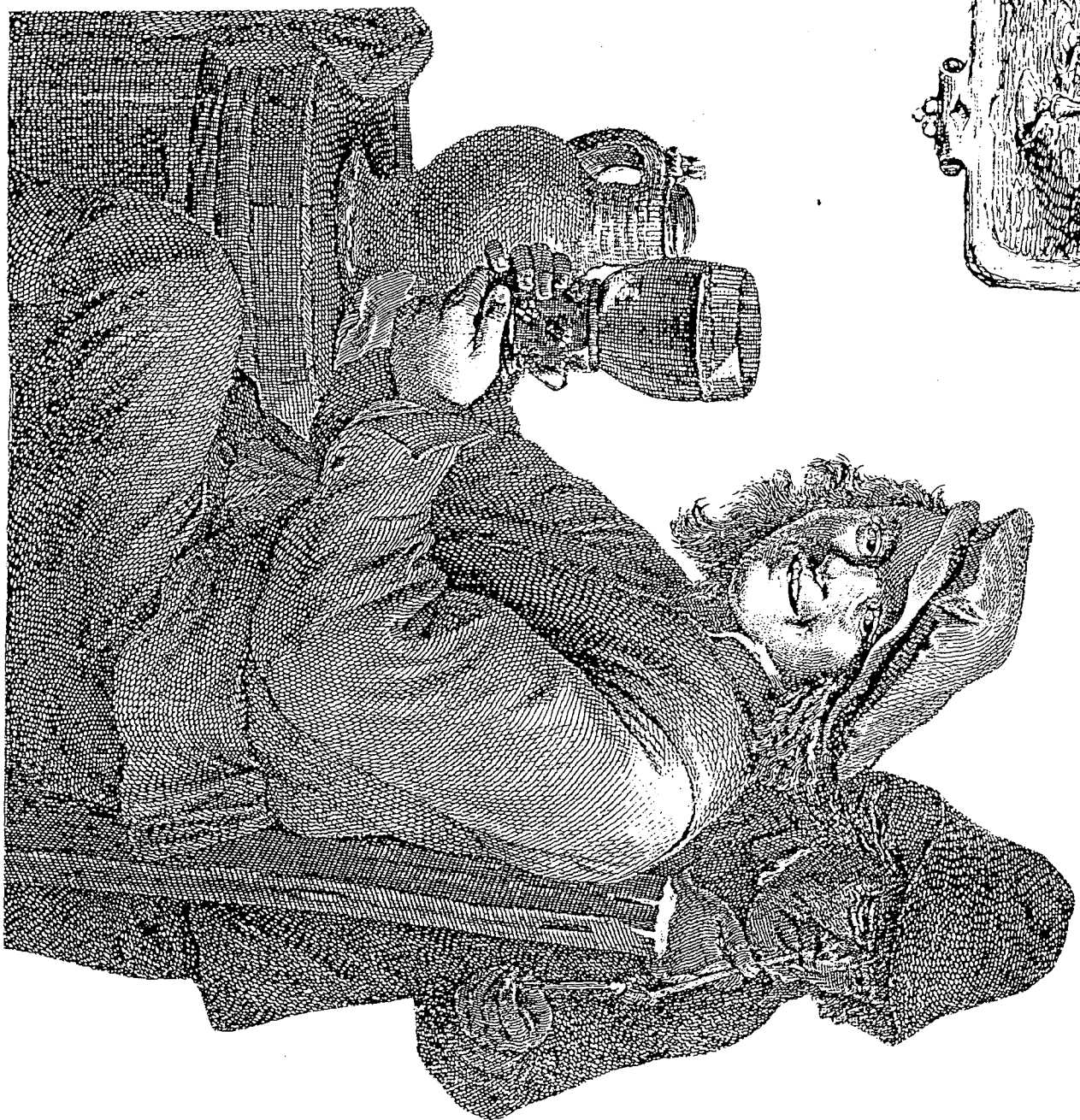
Para tu estancia momentánea, el amigo
de la dulce palabra dice de los tiempos
en que los arcángeles de Babilonia
buscaron su arrullo en la vasija de licor.

Así, nosotros, cuando a la medianoche,
con cierta ligereza palpamos los brazos,
esta uva de sur, para que opines
no en torno a leyes abusivas
sino, por unas horas, sobre alucinaciones
y archipiélagos y las danzas de una mujer
rubia, cuando la tiniebla de los cigarrillos.

Juan José TELLEZ RUBIO



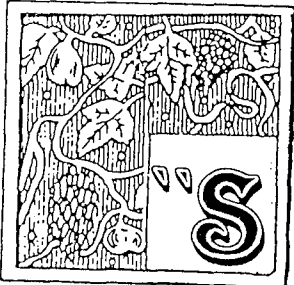
VASSAR
y
empotro
de
"JARJIZ"





in poesía no podría la vida dar un paso más hacia adelante. Optamos por la rebelión de los hechiceros de palabras, los que ondean la bandera de la fiesta, del ensueño y la locura. Queremos, pese a todo, abrir acá y ahora, líricos y caudales, una brecha hacia el infinito. Con la clarividencia azul de quienes cegados, miran y admiran dentro del alma, en el fondo arcangélico de un vaso de vino, en el centro último de un verso, toda la claridad de la esperanza. Mientras en el empotro se electrizan las maneras del mosto, en nuestro vasar manchego y extendido colocamos la denominación de origen como una ceremonia de querencia y damos a cada uno lo que cada uno se merece: emborracharse de resplandor.

EL REGRESO AL CORAZON DE SAGRARIO TORRES



e me nota el amor, como los senos", explica en un verso definitorio Sagrario Torres. Sagrario Torres es una manchega de Valdepeñas a cuya ternura vehemente, palabra vivaz -"decid, sentidos míos, ¿qué me ocurre?"- u hondos ojos de viña febril y contenida, "nada que no sea amor, nada le cabe". Va siempre Sagrario, la más encendida y tierna poeta de esta tierra hosca, desde que en 1968 nos ofreciera "Catorce bocas me alimentan", su primer libro, regresando al corazón; su último poemario (1981) lleva por título "Regreso al corazón", precisamente. En los trece años intermedios publica "Hormigón traslúcido" (1970), "Carta a Dios" (1971) "Esta espina dorsal estremecida" (1973) y "Los ojos nunca crecen" (1975). Pues bien, a través de estas cuatro entregas, Sagrario no hace sino desandar constantemente sus caminos interiores o retornar al corazón. (La poesía de esta exquisita mujer no es como una continua manera, rotunda, ardorosa, de entregarse al servicio del corazón, verso tras verso: "brasa que empapa lentamente mi pañuelo", "te he escuchado con todos mis sentidos y vehemencias", "soy un grito nupcial", "la más pequeña cosa me conmueve..." Querer encontrar a Sagrario Torres es decididamente, como si de un ánfora musical de vino fervoroso se tratase, -ahora, en estos días de otoño están en el paisaje manchego suyo, lo dijo Juan Alcaide, como preguntando por ella los jarafices- emborracharse el ánimo de amor y de ternura.

Ante toda la poesía de Sagrario Torres hay que decir lo que el primer crítico de Cesar Vallejo: "No vayas a juzgar, anda a amar, anda a temblar..." Si todos y cada uno de sus libros arden. "Regreso al corazón", número 387 de la Colección "Adonais", es la quintaesencia del fuego, una fiesta solar. Se diría que Sagrario en él ha feminizado plenamente su feminidad, se ha puesto en estado de amor inacabable. Como el mar de uno de los más expresivos poemas de este libro se ha convertido en extensión innúmera de ternura.

Cómo y cuánto conmueve la poesía emocionada y emocionante de Sagrario Torres. Se la sorbe uno arrebatadamente. Su ritmo exultante de jardín que no cesa, de llanura torrencial, de horizontes muy abiertos dejan en suspenso. A medida que vamos paladeando tanta imagen, tanta pureza en la palabra se nos ensancha la luz dentro del alma, regresamos a qué fraternidad con las cosas cotidianas: el espejo en que sus sonetos se miran, sus armarios desvestidos, el agua de la sed, el chorro de lavarse, el olor procreativo que inundó su osamenta, el cristal y la loza que escurren de sus manos, el cesto de la ropa repasada, el brillo de su pelo.

La inspiración de Sagrario Torres es arrebatadamente cordial. Con ella y gracias a ella es posible el necesario regreso al corazón. De su mano y por su palabra hallamos un universo orquestal y esplendoroso, un cosmos casi recién creado, una esperanza constantemente amanecida.

Sagrario es toda ella un luminoso desahogo, un radical testimonio de humanismo, un prodigioso retorno al hogar nutricio del que jamás debimos nadie salir. La poeta manchega nos muestra y nos demuestra que el oficio de todo domeñador de palabras es regresar a los adentros. Sólo cuando se reconcilia el ser humano con la interioridad es cuando puede afirmarse que esta vivo en su plenitud.

Todos los libros de Sagrario Torres desembocan en "Regreso al corazón", un formidable cántico de fe y de esperanza, un rito enfebrecido de comunión universal. Su casa toda ella, da al mar. Al amor.

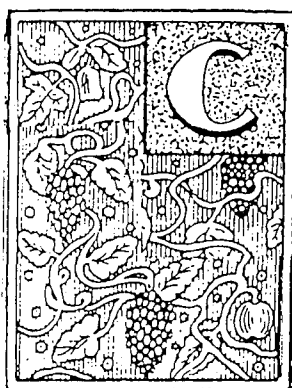
CAYETANO IRANZU.-





LA PARTITURA MUSICAL DE VALENTIN ARTEAGA

"y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es de todas la primera"



asi nunca obtuvo la mujer una visión adecuada entre los poetas clérigos de nuestra literatura. Los del mester de clerecía medieval sublimaron el mundo femenino en sus loores a Santa María, mientras en prosa algún arcipreste escribía una reprobación misógina como el Corbacho. Los sonetos amorosos de Fray Luis de León -a pesar del liberado Renacimiento-, corrieron durante siglos vicisitudes sin cuento, dado lo insólito de que un fraile escribiese poemas eróticos. En el Barroco, la mujer continuaba pareciendo un tema espinoso a los tonsurados: las poesías tan sentidas de Lope a sus amantes fueron alternadas con otras de arrepentimiento vocacional. Implícita o explícita-

mente, en los poemas amorosos de autores presbíteros o frailes, se detectan cautelas frente a la mitra del obispo, ante la cogulla del provincial o bajo el veredicto, aún más inapelable, del público lector. Por ello son frecuentes los circunloquios, alegorías, seudónimos, versiones a lo divino... De Francisco de Medrano -que abandonó la Compañía de Jesús- se editaron póstumos sus sonetos de refinadísima sensualidad; San Juan de la Cruz hubo de aclarar en prosa sus balbuceos al Amado para la recta itelección de aquellas lirras escabrosas. Ya en el siglo XVIII, el agustino Diego Tadeo González dejó de escribir de los amores entre Delio (¿Diego?) y Melisa por los severos consejos de Jovellanos. Y en pleno vendaval romántico, el escolapio Juan Arolas editó versos tan subidos de pasión carnal, entre sultanas y odaliscas, que aún sigue siendo uno de nuestros autores más eróticos. Buena parte de la fama se debía a la paradoja que -según sus estupefactos lectores-, se daba entre la túnica talar que vestía y los temas bien desnudos que reflejaba.

Obviamente, la calidad de un texto no depende de las circunstancias biográficas del autor. A nadie le interesa en qué muchachos se inspiraba Lorca para sus Sonetos del amor oscuro o qué mujer hay detrás de los versos de Margarita Yourcenar, por poner ejemplos de todos conocidos. Para ser poeta amoroso tanto da ser ingeniero de caminos como ser cura. Poesía no es, necesariamente, biografía históricamente verificable. Por tanto, no me interesa quién es, o quiénes son, las mujeres inspiradoras de Valentín Arteaga. Sería una necia y estéril búsqueda la de indagar los nombres propios de Aicila, Aixa, la estudiante de COU, la ingeniero de Palermo, la que escribió su tesis a dos velas, quién fumaba marihuana en la Plaza Comila, si viste pantalones Loys o falda escocesa, con quién bebe café en el Lyon o Coca-Cola en Granada.

La poesía de Arteaga oscila, hasta hoy, entre dos imanes: su vocación de sacerdote y su visión del amor. El primero le conduce hacia ese Dios, mar sobre patena que rebosa hasta los labios de su ministro, compartido con amigos cual un vino griego, entonado en villancico de liber usualis cuando nace en Belén. El segundo polo de atracción reside en un rostro que el amor ha ido cincelandando en verso según una poética de antiguas raíces literarias. Cuando el Renacimiento adoptó las convenciones petrarquistas sobre la mujer y se sustentaron en una filosofía de nuevo cuño platónico, ella vino a ser compendio de una naturaleza idílica, cima de cuanto hermoso se contempla en el mundo. Por sus excelentes prendas físicas y espirituales, se hallaba situada muy por encima de su enamorado y cuando un obstáculo insalvable (matrimonio con otro, la muerte) la negaban al amor del poeta, entonces sus versos se teñían de dolor contenido.

En esta línea, Valentín Arteaga conecta con ilustres antepasados, desde Garcilaso hasta Pedro Salinas (cuyo recuerdo es constante al leer los libros del poeta criptanense). En su obra Y aún no había raíces introdujo un marco edénico, exultante de belleza, para una mujer contemplada como diosa, ninfa o walkiria. Un mundo mítico e inocente en tanto que desconocedor del pecado original. Mujer nacida de las aguas cual Venus, diosa sorprendida, ninfa Europa acechada por el "sagrado toro que te encela". Ella era, pues, razón de amor, voz a ti debida, código de su poética: "el diamante / que logras dibujar en la epidermis / de estas cuantas palabras en herida".

Para los cánones estéticos del XVI, la mujer sintetizaba la hermosura y luz del universo, es cierto, pero igualmente su rostro pasaba a ser quintaesencia de su belleza. De ahí una progresión geométrica intensificadora: naturaleza-mujer-rostro-ojos, que motivó deslumbrantes metáforas luego convertidas en tópicos. Imágenes de sus facciones en relación con astros, estaciones, climas, ríos, montes... Si no se olvida la mantenida técnica surrealista y el sustrato onírico que ella revela, Valentín Arteaga puede ser considerado poeta clásico en su tema central y en su actitud. Rostro, cabello, labios, ojos (párpados, pupilas, pestañas, miradas...) son causa y efecto de la belleza y del amor. Tanto como si meditase a diario en los Diálogos de amor, de León Hebreo.

En libros posteriores (El mar en la patena, Las barcas de la memoria, Cuando regresa el mar hasta mis labios, etc.) se poetizaba un proceso de acercamiento al mundo cotidiano de la mujer: encuentros, incidentes, lecturas, intercambio epistolar, llamadas telefónica, viajes, anécdotas... en una evocación siempre fascinada sobre el mapa mundo del rostro femenino.. Incluso el poeta se desprendía de la recurrencia mitológica cultista para levantar un mito, más tierno, íntimo y propio, en torno a esa caperucita verde con bosque al fondo.

Semánticamente, Un rostro va en su música consiste en la interpretación de la mujer sobre la partitura musical del cosmos y a la inversa: comprensión del universo leyendo en el pentagrama del cabello y de la cara de ella. Formalmente el libro se divide sinfónicamente en "Paisaje casi obertura", "Música de amanecer", "Música de mediodía", "Música de atardecer".

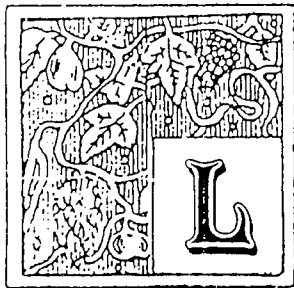
Los efectos fonéticos (paronomasias, similicadencias, aliteraciones), si no en la medida que en obras anteriores, tampoco están ausentes en estas páginas. Ya los filósofos pitagóricos atribuyeron un fin catártico a la música: su poder purificador del espíritu es comparable al de un purgante para el cuerpo. Idea que, a través del platonismo, también llegaría al Renacimiento paralelamente a la concepción astral de Ptolomeo. Así, las esferas de los planetas, girando en torno a la tierra, emitían una música continua, sin silencios, y por tanto, no perceptible al oído humano. De modo que Fray Luis de León, escuchando a su amigo el organista Salinas en la catedral de Salamanca, podía remontarse hasta más arriba de las esferas astrales y alcanzar a escuchar la música del "gran Maestro", Dios.

Para Valentín Arteaga, tal como escribió en libros anteriores, la cara amada "es un rostro / que en sí resume el mundo en este instante/ del verbo del prodigio", pero también "es una barca / de música su rostro", con lo cual explícitamente se afirma ahora que rostro y música son idénticos (cfr. todo el poema de la pág. 15 de Un rostro..., según uso identificativo, no disyuntivo, de la conjunción o). Esta metáfora engendra imágenes parciales en cada facción o trazo de la cara y durante todas las páginas del libro. Por ello, Un rostro va en su música constituye una sedimentación definitiva de inquietudes anteriores del autor: en Y aún no había raíces, ella mostraba "musical desnudez", la música surgía del pelo, la amada se labró "en piedra y música", "levantada palabra abierta en música", "milagro musical", "música abrazable". Después, en El mar en la patena leímos que pasaba "una muchacha convocando a la música" o que el poeta escuchaba "el deletreo / de no sé qué música" por ella. En Las barcas de la memoria, "los labios de la música" "descubrían jardines nuevos y ella llegó "como llega deslumbrada la música".

No sé qué rumbos dará Arteaga en adelante a su obra a dónde dirigirá las barcas de su inquietud. Sí sé que con el rostro musicado hasta 1985 toca su techo más alto. Caso de ser cierto que los poetas suelen evolucionar del yo al nosotros, deberemos esperar una convocatoria común al amor (¡qué hermosa cantata resultaría la humanidad entera amándose!). Fray Luis de León, tras vivir la personal experiencia de la música, terminaba la Oda a Salinas invitando al coro de sus amigos artistas a compartir esa misma experiencia deleitable con él:

"A aqueste bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos, a quien amo
sobre todo tesoro;
que todo lo demás es triste lloro".

JOSE MARIA TORRIJOS



...eemos, saboreamos, racimos que se desprenden de la vida honda del corazón, a otros siete poetas, siete madrugadas para echarnos al campo de los asombros, de las palabras que desconciertan, siete tragos de ebriedad, y recomendamos el vino de esta cosecha derramada.

CAYETANO IRANZU

1. LA HERIDA INACABABLE. - de Araceli Olmedo, Colección "Jaraíz", Tomelloso, 1985.-

Tras dos años de silencio editorial, la colección "Jaraíz" comparece con este nuevo título cuya autora se apoya en tres citas significativas, de Pedro Salinas, Antonio Colinas y Juan Torres Grueso, respectivamente, si bien es el influjo de este último el que más se deja sentir a lo largo de un libro que enmarcado en la tradición castellana no-manchega, apunta, sin embargo hacia mayores cotas, siendo muy destacado el sutil erotismo que imprime carácter a la obra, primera de su autora de la que, tras esta tarjeta de presentación, cabe albergar fundadas esperanzas. La edición, digna en líneas generales, presenta algunos fallos que debe corregir en el futuro; así, por ejemplo, la refinada foto de la autora contrasta con la ausencia de datos biográficos, lo que impide a la crítica, en buena medida, situarla en su contexto generacional.

2. SONETOS CRUDOS. de Antonio F. Molina, Editorial Heliodor, Madrid 1985.

Ya se sabe que para este extraordinario poeta manchego de Alcázar de San Juan la literatura, la poesía y el arte en general están más cerca de su genuina naturaleza en la medida en que se alejan de lo representativo para alumbrar lo creador. Nos da en este último libro suyo los "Cinco conetos pánicos" escritos todos de una vez el 25 de abril de 1955 a más de un arrebatado puñado de poemas en los que lo imaginario y lo trascendente nos sobrevuelan con un color y un calor que descoyuntan el sentido común. La cotidianidad alcanza en la poesía de Antonio F. Molina una inefable atmósfera de juego y de rompecabezas alucinante y conmovedor en su ternura excepcional y crudísima.

3. CENACULO VINCIANO Y OTROS ESCORZOS, de María Sanz, Edición del Excmo. de Córdoba, Córdoba 1985.

"Entrar en su infinito hasta sentirlo" hay que hacer con este insólito poemario de María Sanz con el que obtuvo, con toda justicia, el Premio de Poesía Ricardo Molina del año pasado. Luminoso y total, "un mundo, buscándose a sí mismo / se pierde entre las luscas descolgadas / de sus cristales" en este libro italiano de María Sanz que posee el secreto de rotular sus versos marmóreamente, terso el estilo, caudal la palabra, diáfana la inspiración. María Sanz que cuenta con otros dos títulos publicados, "Tierra difícil" (1981) y "Variaciones en vísperas de olvidos" (1984) nos ofrece en "Cenáculo vinciano y otros escorzos" el éxtasis ante la belleza de lo clásico a cuyo resplandor rinde la autora su admiración y su homenaje.

4.

LA CREACION, de F. Javier Campos, Colección Jardín Cerrado, 1. Poesía Corona del Sur, Málaga 1984.

"Toda donación encierra en sí poder fecundante" proclama con fervor pontifical F. Javier Campos, solemnisimo poeta manchego de Villanueva de los Infantes en esta nueva entrega lírica suya, pulcramente editada, compuesta a mano en la imprenta malagueña de Francisco Peralto y en papel verjurado, cuánto lujo exquisito el de estos solos ciento cincuenta ejemplares de "La Creación", libro innúmero y emocionante. F. Javier Campos nos entona siete salmos, siete cánticos vesperales y genesiacos, últimos, preprimeros, de ceremonia y arrebató cósmico, a través de cuyo liber usualis cruza la vida, el fuego, el aire, la tierra, la luz, el agua, el caos en esta pausa del exilio en que está su apasionado corazón de anacoreta posmoderno. Leer este libro es insofocado e insofocable arrebató singular.

5.

DESVUELO, de Héctor Rosales, Colección Libros del Mirador - Mirall de Glaç, Montevideo 1984

Dentro de la poesía uruguaya la de Hector Rosales (Montevideo (1958) constituye una formidable y decidida corrosión desenfadada y purísima de la palabra. A veces esta más que levantar sus alas, desvuela por el paisaje del corazón dejándonos un horizonte de ángeles que buscan y añoran una escritura de laberintos interiores insólita. Hector Rosales que ha publicado ya "Visiones y agonías" (1979), "Espejos de la noche" (1981), "Espectros" (1983) y "Dende eiqui" (1983) nos ofrece en "Desvuelo" un redoble de conciencia y de confianza en el lenguaje como celebración apocalíptica de esta última mitad de un siglo que se apresura hasta la plegaria o el desvalimiento definitivo.

6.

DE LA TIERRA ADENTRO, de Francisco Mora García, Colección "El Toro de Barro", Carboneras de Guadazaón, 1983.

Pertenece el autor de este poemario, que obtuvo el "Premio Promoción de Poesía Ciudad de Cuenca 1981, a esa generación inquieta e inquietante de jóvenes que, al lado de Carlos de la Rica, constituyen una firme promesa de la lírica castellano-manchega más resueltamente desenfadada y profunda. Francisco Mora García va desde la tierra adentro de su corazón enfebrecido llenando el cuenco de su mano emocionada de jilguerillos alegres, lagos, sonrisas de payasos, atardeceres, fuentes, calendarios vacíos, irrepetibles sueños, hasta el encuentro con la magia entera del amor en los pórticos de los crepúsculos y el brote de los labios en que se hace el pueblo fiesta. Leerle es crecer verticalmente.

7.

CONDICION DE UNA MUSICA INESTABLE; de Miguel Galanes, Endymi6n, Editorial Ayuso, Madrid 1984.

Con este nuevo poemario de Miguel Galanes estamos ante un intento de darle la vuelta a la poesía española contemporánea. Barquero sin palabras, el autor de este libro nos conduce hasta el más provocativo silencio. Su pretensión radica en perderse en el pensamiento y desde ahí, purificado de sí mismo, afrontar el recuerdo, una cierta memoria que se pueda tocar y besar. Para Galanes nada está

quieto, todo fluye, todo deviene vida que se vive, ola a la deriva, sensación que arde y queda luego tan sólo la palabra, que no pretende otra cosa que sucumbir provocando. El vate manchego camina conscientemente hacia una demencia absolutamente asumida en donde el lenguaje ya no tiene la función de nombrar la realidad sino adelgazarla hasta la suprema transparencia, cosa que logra poderosamente.



